

Trigésimo Primer Domingo del TO B2024

Quiero empezar esta homilía con una historia. Se trata de una historia personal que me ha permitido entender mejor esta porción del Evangelio en la que nuestro Señor habla del amor de Dios como el mayor de los mandamientos. Esta historia se trata de mi hermana mayor, Marie Claire. Ella ya está muerta, pero en el cielo donde está ahora, estoy segura que me escucha hablar de ella.

Una vez mi hermana estaba enamorada de un joven que luego se convirtió en su esposo. Como eran novios, mi padre no quería que mi hermana fuera sola a encontrar a su novio. Por eso, yo la acompañaba muy a menudo. (Parece arcaico, pero así era en esa época. Y sólo puedo decir la verdad). En ese momento, no entendía por qué mi padre hacía eso. Pero, más tarde, llegué a entender que mi padre no quería que le rompiera el corazón a mi hermana si no tenía ninguna intención de casarse con ella.

A medida que mi hermana fue creciendo y saliendo con su novio, vi un cambio repentino en ella. Ella decía palabras como: "Si Al (así se llamaba su prometido) rompe conmigo, mi vida se acaba". Ella hablaba sólo de ese joven; cantaba sólo el nombre de ese hombre; se reía sólo de él; soñaba sólo con él. Estaba completamente transformada, habitada por un sentimiento extraño por ese joven.

Yo diría que todas las células de su cuerpo y de su mente estaban invadidas por el apasionado sentimiento de amor por Al. No había nada de ella que quedara fuera de Al. Al se había convertido en todo para ella. Su respiración, su conversación, su sonrisa, su sueño, toda su vida era para Al. Al era todo para ella y significaba todo para ella.

Cuando nuestro Señor dice que el mayor de los mandamientos es amar a Dios "con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas", está deseando que a ti te suceda algo similar a lo que le pasó a mi hermana. Está haciendo un llamamiento a ti, a mí, a nosotros para que nos entreguemos a Dios total, completa y enteramente y nos dejemos transformar por su amor. Él quiere que nada de nosotros quede fuera del amor de Dios. Él quiere que ninguna célula de nuestro cuerpo o mente, ni un centímetro de lo que somos, pueda vivir independientemente de Él.

Lo que nuestro Señor estaba diciendo ese día no era algo totalmente nuevo. Para los oídos de sus oyentes, era sólo una repetición de la fe de Israel expresada en Deuteronomio 6: 4-5, "Sh'ma Yisrael Adonai Eloheinu Adonai Ehad". Por tanto, amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas". Pero, lo que era nuevo fue lo que agregó: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

La intensidad del amor de Dios dentro de nosotros se muestra en nuestra propensión a amar a nuestros semejantes. El amor de Dios y el amor a nuestros semejantes son uno. No podemos separarlos excepto por razones de explicación. Por eso, no hay espiritualidad sin humanismo y no hay humanismo sin Dios. Apoyar a uno y rechazar al otro es una contradicción.

Sólo podemos amar a Dios y al prójimo al mismo tiempo. Por eso no debemos descuidar el destino de nuestros semejantes con los que vivimos. No podemos preocuparnos por las cosas de Dios y descuidar las cosas de este mundo. La consecuencia que se puede sacar de esta visión es muy sencilla: el cumplimiento de nuestros deberes en la sociedad y en la Iglesia debe evaluarse siempre en relación con la ley del amor. De lo contrario, nos contentaríamos simplemente con lo que hacemos habitualmente, aunque no corresponda al amor a Dios y al prójimo.

Tomo este punto de la sugerencia que se hace en el Evangelio de que amar a Dios y al prójimo vale más que todos los holocaustos y sacrificios. De hecho, como seres humanos, somos hombres y mujeres de deberes. Son muchos los deberes que tenemos que cumplir para con nuestra iglesia, para con nuestro país, para con nuestras familias, para con nosotros mismos, para con nuestro negocio, etc. Cada vez que las personas, incluido yo mismo, han cumplido con su deber, sienten satisfacción y contento. A veces, decimos fácil y orgullosamente: lo logré; ya pasó; puedo descansar un poco.

Cumplir con el deber es ciertamente importante e incluso necesario si no queremos parecer negligentes y perezosos. Cada uno de nosotros, en efecto, debería ser capaz de cumplir con su deber sin pretensiones ni pereza. En algunas circunstancias, cumplir con nuestro deber es incluso la medida de nuestro compromiso y la expresión de nuestro carácter. Y puede ser cierto que a veces la gente nos juzga por la forma en que cumplimos con nuestros deberes.

Pero, he aquí la cuestión: ¿por qué cumplimos con tal deber? ¿Qué nos impulsa a cumplir con ese deber? Mi punto es este: aunque el cumplimiento de nuestro deber es importante y beneficioso para nosotros y para los demás, es mejor que examinemos también la motivación que nos lleva. Si no nos importa lo que nos anima, corremos el riesgo de hacer todo porque ese es nuestro trabajo. Hay una gran diferencia entre cumplir con un deber porque es un trabajo y cumplir con un deber por el amor que tenemos a nuestro Señor, a nuestra patria, a nuestra familia o a nuestro negocio, etc.

No se trata de condenar las ofrendas y los sacrificios como si no fueran importantes. El problema es que, aunque son importantes, deberían ser la consecuencia del amor que tenemos a Dios y a nuestros semejantes. Si ofrecemos algo, debe ser como expresión de nuestro amor a Dios. Si damos algo a los necesitados, debe ser como consecuencia de nuestra preocupación por el bienestar de nuestros semejantes.

Mientras nuestro Señor nos invita a amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas, descubrimos, sin embargo, que somos seres humanos divididos, incluso en nuestras elecciones finales. La medida sencilla que podemos dar en este sentido es sobre lo que nos sucede cuando vamos a las tiendas a comprar un vestido, una camisa o un traje, etc. Nos lleva tiempo antes de decidir en cuál de esas cosas fijamos nuestra mente.

Nuestro Señor no quiere que lo amemos con un corazón dividido, sino más bien completa e indivisamente. Dios no quiere que lo amemos como un objeto entre muchos otros, junto a las cosas de este mundo, sino como alguien a quien le damos todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo nuestro corazón, toda nuestra mente, todas nuestras fuerzas. Debemos fijar nuestro ser en Él y entregarnos exclusivamente a Él. Dios es amor. Si es así, amándolo no hacemos más que volver a nuestro ser mismo, tal como hemos sido creados a su imagen. No podemos amar a Dios sin amar al prójimo. Así como estamos hechos para Dios, estamos hechos los unos para los otros.

¡Que Dios nos ayude a amarlo amándonos los unos a los otros! ¡Que nos toque a todos para elegir personas capaces de respetar sus leyes, especialmente la integridad y la dignidad de la vida humana!

Deuteronomio 6: 2-6; Hebreos 7: 23-28; Marcos 12: 28-34



Fecha de la Homilía: el 03 de Noviembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20241103homilia.pdf